

PEDRO VOLTES

El reverso de la Historia

2



Los cuatro volúmenes que integran la serie de «El reverso de la Historia» se proponen examinar la otra cara de las versiones usuales del pasado. La intención de contemplar una imagen desde un punto de vista distinto a aquel en que es costumbre presentarla, no trae consigo la voluntad de refutarla ni contradecirla, sino de verla, simplemente, «de otra forma». Lo que aquí importa principalmente es que semejante cambio de enfoque colme las carencias que muestran los libros y las clases de Historia a fuerza de estar sometidos, desde hace siglos, a la opresiva dominación de diversas intenciones éticas y estéticas. Todo ello armonizando la afición por los temas históricos con una presentación sugerente y desmitificadora de los mismos que, sin menoscabo del rigor de los fundamentos y la seriedad de los enfoques, contribuye a revisar crítica y amenamente las leyendas de todos los colores y las pompas retóricas que a menudo rebajan la nobleza intrínseca de los hechos tal y como ocurrieron realmente.

En el presente volumen se trata de responder a los interrogantes más vivos y agudos de la Historia de España, acudiendo a episodios y enfoques que aspiran a sugerir nuevos juicios y a estimular otras actitudes colectivas a propósito del pretérito nacional.

Índice de contenido

Prólogo

I. Hasta el sol tiene manchas

Los celestiales enemigos de Cataluña

Los perros conquistadores

Nueva visita a la desdichada familia de Cervantes

Los rencores de Bécquer hambriento

Excesos y carencias de Menéndez Pelayo

El viaje de Alfonso XIII a las Hurdes: un desierto generoso

II. Las famas injustificadas y engañosas

Las razones del arzobispo traidor

Una fama que purificar: la de Alfonso I «el Batallador»

La personalidad verdadera de Miguel Servet

El destino de África en manos de un español renegado

El asesinato del conde de Villamediana

Puesta al día en el enjuiciamiento de la Inquisición

Fábulas y realidades del anciano virrey enamorado

Españoles en Saigón: una actuación prudente y realista

III. Los rincones de la verdad

La intransigencia de los europeístas

Un papa Borja pacificador y dinámico: Calixto III

Nuevas cuentas acerca del Gran Capitán

Velázquez: muchas vidas y ninguna sepultura

Los dos Bernardinos, unos grandes embajadores de España

Napoleón y la abadesa de Tordesillas

Cárceles españolas de ayer

El heroico marino Churruca como hombre de ciencia

Un general de caballería traductor de Dante: el conde de Chestre

IV. Antología española de frustraciones y desengaños

Los galeones de Vigo

La fracasada expedición de Carlos III contra Inglaterra

La otra enfermedad de la XIII duquesa de Alba

El ensueño acuático de Castilla

Hay que contar con la suerte para servir a España

Un prolongado esclavismo en Cuba

España gana, Iradier pierde

V. Flechas de mujer en las encrucijadas de la Historia

Gala Placidia y la trágica capitalidad del reino visigodo en Barcelona

Las poetisas de la España musulmana

El amor a la española

Las tres mujeres de Zurbarán

La infanta morganática y su raro mundo

Agustina de Aragón sigue dando que hablar

La regente del regente

La musa del abate Breuil y otras musas de historiadores

VI. La otra cara de la verdad

Santa Teresa de Jesús, enemiga del Imperio

Carlos III como precursor de la lucha contra la Mafia

El «golpe» del general Pavía no acabó con la primera República

Un monarca serio y trágico: Alfonso XII

Un hispanófilo marginado: Somerset Maugham

Nota bibliográfica

Sobre el autor

Prólogo

El presente volumen, dedicado concretamente a la historia de España, es el segundo de la serie «El reverso de la Historia» y continúa el propósito de completar y ampliar los planteamientos habituales del conocimiento de la Historia que ha ido transmitiendo, como rutinaria cascada, la tradición escolar, muy poco desmentida y corregida por los libros de divulgación. El perfil que desde su respectiva época adquieren las personas y los temas de la Historia tiende a quedar estereotipado, porque todos tendemos a simplificar nuestra información acerca de las cosas mediante tópicos y frases esquemáticas. En algunas ocasiones, estos resúmenes o reducciones faltan escandalosamente a la verdad; en otras, reflejan sólo una parte de ella.

La tarea de revisar y reconstruir la historia nacional se ha acometido en nuestros años en diversos países y, en general, la consideramos provechosa, tanto por el barrido de hojarasca que entraña como por el realce que promueve de virtudes poco aplaudidas en el lenguaje habitual de los historiadores: la serenidad, la reserva, la modestia, la moderación, la compasión. También es de celebrar que en todas partes tienda a estimarse lo fortuito y azaroso como componente importante de los acontecimientos históricos. Incluso conviene introducir una tasación de la suerte con que cuenta un personaje determinado para darse cuenta más cabal de los colores de su biografía. Si alguna vez puede aspirar la Historia a ser maestra de la vida —co-

sa dudosa— será, en todo caso, a fuerza de corregir y purificar la carga de retórica tendenciosa con que suele sernos enseñada, en las aulas y en los libros.

Estas pompas y aderezos han tenido, entre otros varios, unos centros de polarización los cuales, a la hora de la refutación, propician que ésta se estructure en forma simétrica. Nos ha parecido justificado, pues, dedicar, bajo el título común de «Hasta el Sol tiene manchas», un primer grupo de capítulos a poner reparos a famas que han solidado establecerse con elogios totales y exageradamente solidarios. Más tarde, bajo la rúbrica de «Las famas injustificadas y engañosas», discutimos las que sin motivo reciben diversas personas y conductas, acreedoras a que las revise el juicio de la posteridad. Luego, en «Los rincones de la verdad», comentamos otras vidas y conductas que conocemos más bien según otras noticias, igualmente ciertas, y de las cuales sabemos, en suma, la verdad, pero no toda la verdad. Comentamos luego diversos episodios nacionales que corresponden al inabarcable capítulo de las frustraciones e insuficiencias españolas, correspondientes a menudo a proyectos demasiado confiados y descuidados, con todo lo que supone esta última palabra de despreocupación. Trátase luego de varias presencias femeninas no bastante valoradas en vidas y hechos del país, y, en suma, al hablar de «La otra cara de la verdad», se aspira a proponer facetas de ésta usualmente postpuestas.

Por todos estos motivos, verá el lector que en un capítulo del presente libro le proponemos que admire en Agustina de Aragón el decoro, la prudencia, la discreción y el recato de los últimos lustros de su vida, antes que el rasgo magnífico de disparar un cañón, igual que le mostramos en la figura del Gran Capitán unas virtudes de templanza, ecuanimidad, aplomo y austeridad de tanto precio como sus dotes militares y mucho más admirables que la chulería y el descaro de sus inexistentes «cuentas».

Aun cuando el presente volumen ofrezca cierta estructura de mosaico diverso, trata de responder a los interrogantes más vivos y agudos de la historia de España y, saltando desde un punto de vista a otro, se propone dar algunas luces sobre la monarquía visigoda, los primeros reinos cristianos, la España musulmana, los dos grandes bloques de la baja Edad Media –Castilla y Aragón–, la España del Imperio y su sociedad, el siglo de Olivares y Velázquez, los Borbones de la Ilustración y los de la España goyesca, alguna nota sobre la España indiana y africana, y otras sobre la de Isabel II, su hijo y su nieto. Esta estructuración no es difícil: ¿Se ha fijado el lector en que desde la boda de los Reyes Católicos, en 1469, hasta el final de la Casa de Austria transcurren exactamente los mismos 231 años que dura la Casa de Borbón en España en su primer tramo de soberanía? Esta coincidencia no tiene mucha importancia, pero nadie pone atención en ella hasta que se asoma al examen del material histórico con objetividad y distanciamiento, y esto otro sí que tiene consecuencias relevantes. Otros análisis numéricos parecidos nos informan de que Sagasta, sumando sus siete etapas de presidente del Gobierno, gobernó en España un total de catorce años, más del doble que Primo de Rivera. Cánovas lo hizo más de doce años y medio en cinco gobiernos y Maura gobernó más de siete, en cinco etapas. Este dato debe sumarse a otros para concluir que durante su tiempo, tenido habitualmente por turbulento e inestable, funcionan elementos permanentes de enorme eficacia continuista.

Nuestro empeño en averiguar y exponer aspectos del «reverso de la Historia» acude a episodios y enfoques que aspiran a sugerir nuevos juicios sobre temas concretos de ella, pero también se extiende a estimular otras opiniones de conjunto y actitudes colectivas a propósito del pretérito nacional. La primera y principal estriba, desde luego, en desanimar a que se acuda a la Historia en busca de muni-

ciones para ninguna pelea ni de argumentos para ninguna polémica.

Un examen profundo y sosegado del pasado de los españoles revela los trabajos, los sufrimientos y el caudal de resignación y dignidad aplicado por millones de personas a sobrevivir ante multitud de adversidades, comenzando por las creadas por una naturaleza seca, pobre y áspera. El convertir en consignas crispadas y agresivas las virtudes de realismo, paciencia y aguante que los españoles destilaron de su experiencia histórica, constituye una lamentable tergiversación, en la que «las dos Españas» han incurrido repetidamente.

Cuanto más se difunda el conocimiento de una historia de los españoles libre de tensiones, clamores y quejas, más adentrados nos hallaremos en el camino de un vivir tranquilo y desilusionado. Repárese que en la mayoría de los idiomas de nuestro mundo «ilusión» e «ilusionarse» equivalen a engaño y equivocación, mientras que en España el tener ilusiones parece rimar con cierto estado emprendedor del ánimo, y perderlas, con una situación de abatimiento. Convendría corregir gubernativamente, si ello sirviera para algo, esta desviación semántica de nuestro lenguaje. Y si en algún ámbito urge dejarse de ilusiones, es en el estudio y exposición de la historia de la atribulada, difícil, fatigosa y admirable familia de los españoles.

I

Hasta el sol tiene man-
chas

Los celestiales enemigos de Cataluña

En Cataluña no puede causar extrañeza que en diversos momentos hayan ido mal las cosas, porque hasta algunos santos del cielo se han ocupado con esmero en fastidiar al Principado. A justificar una afirmación tan entristecedora se dedicarán las páginas que siguen. El santo al que nos referimos principalmente es San Luis, rey de Francia, IX de su nombre, del cual dice el versillo tradicional español:

San Luis, rey de Francia,
el que con Dios pudo tanto
que para que fuera santo
le perdonó el ser francés.

Otro glorioso santo que colaboró con el rey de Francia en perjudicar a los amigos y las conveniencias de la Corona de Aragón fue, como se verá, Santo Domingo de Guzmán.

En cierto momento, el rey Felipe Augusto de Francia determinó casar a su hijo Luis (VIII), heredero del trono, sin dejarse impresionar por la trivial circunstancia de que el novio tuviera solamente doce años. Corrían los últimos meses de 1199 y en el año terminal del siglo XII, en 1200, se celebraría la boda. ¿Con quién? Con una novia procedente de la nación que era y seguiría siendo durante muchos siglos la aliada principal de Francia: Castilla. Los franceses tenían la idea fija de apoyarse en ella para hacer frente a su permanente antagonista: la Corona de Aragón. Toda esta tramoya había sido montada por una mujer singular en muchos conceptos. Comencemos por indicar el más raro de todos sus méritos: el de haber sido sucesiva-

mente reina de Francia y reina de Inglaterra. Hablamos de Leonor de Aquitania (1122-1204), la cual estuvo primero casada con el rey francés Luis VII, quien la repudió en el año 1152 y se casó con Constanza, hija de Alfonso VII de Castilla. Leonor contrajo entonces matrimonio con Enrique Plantagenet, el cual habría de subir al trono de Inglaterra con el nombre de Enrique II (1133-1189). Leonor fue madre de los reyes ingleses Juan «sin Tierra» y Ricardo «Corazón de León» y de la reina de Castilla, Leonor, esposa de Alfonso VIII (1158-1214). Leonor de Aquitania llegó a tener más de ochenta años de edad y le encantaba zurcir matrimonios, planear intrigas y proteger las letras y las artes.

El soberano de Castilla, Alfonso VIII, tenía dos hijas solteras que eran, como se ve, nietas de la reina madre inglesa y sobrinas del rey Juan. Además del problema de casarlas –en lo cual se asemejaba a los padres de todos los tiempos– Alfonso VIII deseaba que las bodas favorecieran sus conexiones con Europa. Se había agravado la amenaza musulmana con la irrupción de los almohades en Al Andalus y nuestro rey deseó promover una cruzada europea en suelo español. La expedición degeneró en una vulgar depredación perpetrada por los aventureros que pasaron los Pirineos en busca de fortuna. La batalla de las Navas de Tolosa (1212) –que no se dio en dicho lugar, sino en el puerto de Muradal– constituyó el momento culminante de la avenencia entre las grandes monarquías atlánticas.

Dentro de esta tónica de concordia optimista, el rey inglés Juan anunció su generosa intención de dotar a la novia castellana, fuese la que fuese de las dos hermanas, concediéndole diversas ciudades, Evreux entre ellas, en suelo hoy francés, y anunció también su voluntad de hacer la paz con Francia.

Resueltos estos preliminares, quedaba por determinar un minúsculo punto: ¿cuál de las dos hermanas sería la es-

cogida? El rey de Inglaterra dijo que le daba igual y el de Francia pensó que, puestas así las cosas, no se perdía nada con que fuera la más guapa. Para asesorarse, Felipe Augusto envió a unos expertos, que comparecieron en Burgos y solicitaron conocer a las dos princesitas. No consta que éstas fueran informadas de semejante embajada, así que se presentaron cándidamente ante los comisionados franceses, quienes las contemplaron con detenimiento, mientras sostenían con ellas un diálogo paternalista encaminado a que se soltaran un poco.

Una de las dos era ciertamente más bella que la otra y los franceses se concentraron en interrogarla con mayor escrúpulo. El diálogo quedó cortado casi en seco cuando, a la cortés pregunta de cuál era su nombre, la oyeron responder «Me llamo Urraca», con tanta naturalidad como fundamento. Los franceses estuvieron a punto de marcharse, pues el nombre les pareció chusco y además casi impronunciable en su país. La elección se inclinó automáticamente en favor de la hermana, que llevaba el nombre, mucho más internacional y suave, de Blanca.

Por otra parte, la comparación efectuada no quiere decir que Blanca de Castilla no fuera hermosa: su fama literaria, alguna pasión más o menos verbal que suscitó y lo que puedan dar a entender las artes plásticas de la época coinciden en afirmar que, en sus once años de edad, la princesa era positivamente bonita. En Inglaterra se pusieron tan contentos que el rey Juan despachó a la reina Leonor hacia Castilla, para recoger a la novia, instruirla y luego llevarla hacia su nuevo hogar.

La abuela Leonor instaló a la niña Blanca en la refinada y culta corte de Aquitania, de donde ella procedía, y designó al arzobispo de Burdeos para que dirigiese su educación. Después, se retiró a la abadía de Fontevrault, donde murió cuatro años más tarde. La infantil boda no pudo celebrarse en territorio propiamente francés por efecto del entredicho que el Papa había fulminado contra el rey

Felipe Augusto para castigar su desarreglada conducta respecto de su esposa, Ingeburga.

Por esta razón, en el ya citado año 1200, la boda de Blanca de Castilla y el delfín de Francia, Luis, se celebró en una villa de Normandía, Pormoy, que era de soberanía inglesa, como buena parte del exágono. El esposo tenía dieciséis años cuando se consumó el matrimonio, cuatro años después de la ceremonia.

En la boda había ofrecido a la novia un anillo adornado con margaritas y flores de lis entrelazadas en cuyo interior decía: «Hors cet anel point n'est amour» ('Fuera de este anillo no hay amor'). Los historiadores franceses señalan con cierto asombro que Luis VIII fue fiel a esta afirmación y no conoció otra mujer que la suya, la cual correspondió apasionadamente a su amor.

La novia había sido dotada por su tío el rey de Inglaterra con los feudos de Issoudun, Graçay y otros del Berry, además de las poblaciones antedichas, todo lo cual tendría que volver a la Corona de Inglaterra si no tenían sucesión. Y, precisamente, lo que angustió al futuro rey Luis VIII y a su esposa durante bastantes años de su matrimonio fue el carecer de descendencia. Intervino para remediar el problema un personaje español que también habría de ser santo, Domingo de Guzmán, el cual, como el otro santo que historiamos en este capítulo, actuó en favor de Francia. La reina Blanca manifestó sus preocupaciones al fundador de la Orden de Predicadores y éste le aconsejó que se encomendara a la Virgen María. Las súplicas de la princesa de Francia fueron escuchadas en grado tan solícito que el matrimonio llegó a tener once hijos, aunque la mayoría de ellos, y concretamente los cuatro primeros, murieron en la más temprana niñez, si no fue a los pocos días de nacer.

El quinto de sus hijos, que habría de ser Luis IX y santo, nació el 25 de abril de 1214. El parto tuvo lugar en la localidad de Passy, cercana a París, y por esta razón San Luis,

que presumía de modesto, acostumbró a firmar siempre «Louis de Passy». Blanca de Castilla dedicó a su hijo un amor vehemente de leona, y no escasean las anécdotas que lo acreditan. Dícese así que en cierta ocasión no tenía leche en su seno para amamantar a su hijo, por haber estado indispueta, y el niño lloraba de hambre. Una dama de la corte, que estaba criando a su propio hijo en aquellos días, creyó conducirse muy bien al dar el pecho al príncipe niño, el cual no vaciló en aprovechar la ocasión. La princesa no se enteró y, algo más tarde, ya repuesta, fue a alimentar a su hijo, quien, ahíto, apartó la cara. La dama, con toda candidez, explicó lo ocurrido y la princesa montó en una cólera que cerca de ochocientos años más tarde todavía es recordada. Pasando de las palabras a las obras, hizo vomitar al niño la leche que había recibido de la bienintencionada intrusa.

El padre de esta criatura subió al trono de Francia como Luis VIII, llamado por los cronistas «el León», el 6 o el 8 de agosto de 1223 (el día exacto no está claro y no hay que perder el sueño por tan poca cosa). Junto a su esposa Blanca, fue consagrado en Reims por el arzobispo Guillaume de Joinville con todas las solemnidades. Su reinado sería breve: no duró más allá del 8 de noviembre de 1226, fecha en que sucumbió víctima de una disentería. Veinte días más tarde su viuda, la reina castellana, fue nombrada regente de Francia en nombre de su hijo Luis IX, proclamado rey.

En este lugar hemos de hacer parada y fonda para recordar que en la mitad sur de Francia, la Occitania, había cundido la herejía albigense, la cual, como otros grandes movimientos colectivos de heterodoxia, englobaba diversas tensiones sociales y económicas. El conde de Toulouse, Ramón V, había clamado en el Concilio de Arles de 1177 contra los estragos de la herejía, diciendo: «Ha penetrado por doquier; ha llevado la discordia a todas las fa-